

10.º domingo ordinario A

**Misericordia quiero y no sacrificios:
que no he venido a llamar a los justos,
sino a los pecadores. (Mt 9,13)**



Primera lectura

Oseas 6,3b-6

Esforcémonos por conocer al Señor: su amanecer es como la aurora y su sentencia surge como la luz. Bajaré sobre nosotros como lluvia temprana, como lluvia tardía que empapa la tierra. "¿Qué haré de ti, Efraím? ¿Qué haré de ti, Judá? Vuestra misericordia es como nube mañanera, como rocío de madrugada que se evapora. Por eso os herí por medio de profetas, os condené con las palabras de mi boca. Porque quiero misericordia y no sacrificios, conocimiento de Dios más que holocaustos".

Segunda lectura

Romanos 4,18-25

Hermanos y hermanas: Abrahán, apoyado en la esperanza, creyó, contra toda esperanza, que llegaría a ser padre de muchas naciones, según lo que se le había dicho: "Así será tu descendencia". No vaciló en la fe, aun dándose cuenta de que su cuerpo estaba medio muerto – tenía unos cien años – y estéril el seno de Sara. Ante la promesa no fue incrédulo, sino que se hizo fuerte en la fe por la gloria dada a Dios al persuadirse de que Dios es capaz de hacer lo que promete, por lo cual le fue computado como justicia. Y no sólo por él está escrito: "Le fue computado", sino también por nosotros, a quienes se computará si creemos en el que resucitó de entre los muertos, nuestro Señor Jesús, que fue entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación.

Evangelio

Mateo 9,9-13

En aquel tiempo vio Jesús a un hombre llamado Mateo sentado al mostrador de los impuestos, y le dijo: – Sígueme.
El se levantó y lo siguió.

Y estando en la mesa en casa de Mateo, muchos publicanos y pecadores, que habían acudido, se sentaron con Jesús y sus discípulos.

Los fariseos, al verlo, preguntaron a los discípulos: – ¿Cómo es que vuestro maestro come con publicanos y pecadores?

Jesús lo oyó y dijo: – No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos.

Andad, aprended lo que significa "misericordia quiero y no sacrificios": que no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores.

Meditación

Esta perícopa se divide claramente en dos partes: la vocación de Mateo y la disputa originada por la conducta de Jesús por su compañía con los pecadores y publicanos.

Se dice que Mateo era "publicano". Decir "publicano" equivalía a decir que era pecador, proscrito por la sociedad judía de las personas que se habían vendido a Roma y que, por lo mismo, eran señaladas con el dedo cuando pasaban por la calle. Lo que hoy llamaríamos un pecador público.

El centro del interés del evangelista está en la palabra exigente de Jesús: "Sígueme". Jesús llama con el mismo tono imperativo que lo hacía Yahveh en el Antiguo Testamento. Aparece así la razón determinante de la elección que Dios hizo de su pueblo o determinadas personas destinadas a cumplir una misión especial. Siempre a lo largo de la Biblia es la misma ley, la ley del amor, sin méritos previos que la justifiquen. Junto a este imperativo de exigencia, destaca la respuesta más generosa dada en plena libertad y obediencia. La obediencia de la fe.

El "escándalo farisaico" se produjo al ver a Jesús sentado a la mesa con los publicanos. ¿Qué pretensiones podía tener un Maestro que frecuentaba aquellas compañías peligrosas? La respuesta de Jesús resulta desconcertante. Desde ella podríamos argumentar así: puesto que Dios, y también Jesús, se preocupa más por el pecador que por el justo, seamos pecadores... Este raciocinio es absurdo. No tenemos aquí un canto al pecado ni una glorificación del pecador. Jesús quiere liberar, perdonar, al pecador. Pero no quiere considerarlo como un enemigo. Por tanto, en lugar de excomulgarlo despectivamente de la sociedad de los hombres y de la amistad de Dios, lo que hace es tenderle un cable invitador para reintegrarlo tanto en la sociedad de los hombres como en la amistad de Dios.

Jesús se dirige a los pecadores, no porque desprecie o aprecie menos a los justos, sino porque aquéllos se hallan en mayor necesidad. Aunque, tal vez sea necesario recordar que, de hecho, fueron precisamente los que se consideraban como justos – los que se apoyaban en su propia justicia, la que viene de la ley – los que le rechazaron, los que no reconocieron la necesidad que, también ellos, tenían del redentor, los enfermos inconscientes que creían no tener necesidad de médico. Termina Jesús con una cita del profeta Oseas, que se había hecho clásica en orden a acentuar la superioridad de los actos de generosidad y compasión sobre los sacrificios ofrecidos en el templo.